

Compartirlo todo: Alumnos (2/13)

Dr. Justo L. González



Hechos 4
Lecciones Cristianas
13 de septiembre de 2015

Semillas de crecimiento: Compartirlo todo (alumnos)

2 de 13

Texto impreso: Hechos 4:34–5:10

Propósito de la lección

Continuamos con nuestro estudio de Hechos. El propósito de la lección de hoy será explorar la relación entre el testimonio valiente y efectivo que estudiamos la semana pasada y la vida interna de la iglesia. Veremos que hay una relación estrecha entre ambos, y que si la vida interna de la iglesia no es saludable, tampoco lo será su testimonio.

En particular, centraremos nuestra atención sobre el compartir que ha de tener lugar dentro de la iglesia, estudiando dos historias que Lucas cuenta, una positiva y la otra negativa.

Examen de la Escritura

El texto impreso puede dividirse en tres partes: La primera, 4:34-35, es una introducción que provee el trasfondo para dos historias que se van a contar. La segunda, 4:35-37, es una buenísima historia que sirve de ejemplo del compartimiento de que se habló en la introducción. Y la tercera, 5:1-10, es una historia algo más detallada de un caso en que el compartimiento de que todo el pasaje habla no se cumplió como debía.

La introducción es en realidad una continuación y consecuencia de lo que dicen los versículos

antes del texto impreso. Es por eso que empieza diciendo “Así que ...” Esto da a entender que lo que sigue es consecuencia de lo que se dijo anteriormente. Esto se puede ver en nuestras Biblias, si leemos los vv. 32 y 33, que hablan del compartimiento que existía dentro de la comunidad cristiana, y del testimonio que los apóstoles daban “con poder”.

El resultado de ese compartimiento era “que no había entre ellos ningún necesitado”. Esto se debía a que quienes tenían posesiones (en particular bienes inmuebles, como “heredades o casas”) los vendían y traían el producto de la venta para que la iglesia se ocupara de quienes sufrían necesidad.

La segunda parte del texto impreso es la historia de Bernabé. Si leemos el resto del libro de Hechos veremos que Bernabé fue un personaje importante que ayudó a Pablo a establecer contactos con la iglesia tras la experiencia del camino a Damasco. Además veremos que fue él quien se ocupó de que Pablo fuera a ayudar en la iglesia de Antioquía. Y fue él también quien llevó a Pablo en el primero de sus viajes misioneros. (Porque si leemos la historia de ese viaje veremos que al principio el personaje principal es Bernabé, y que es en el transcurso del viaje mismo que el liderato de Pablo va saliendo a la superficie.)

La tercera historia es más larga, no porque sea más importante que la de Bernabé, sino porque es un ejemplo negativo, una muestra de lo que sucede cuando el amor y el compartimiento que debe haber en la iglesia se contaminan con la mentira y las apariencias. Es la historia de Ananías

y Safira. (Es preciso no confundir a este Ananías con el que aparece en Hechos 9:10-17. Ese otro es un discípulo fiel, y ya para ese entonces el Ananías de nuestro texto había muerto.)

La historia es dramática y hasta aterradora. Ananías y Safira venden una propiedad y se ponen de acuerdo para llevar una parte del producto de la venta a la iglesia, pretendiendo que es el todo. Pedro les confronta, primero a Ananías y luego a Safira, diciéndoles que no tenían que haber vendido la propiedad, y que después de vendida tampoco tenían que dar el dinero a la iglesia. Luego, el pecado de Ananías y de Safira no está en quedarse con el dinero, sino en mentir, pretendiendo que lo que daban era todo lo recibido. El resultado es que primero Ananías y poco después Safira caen muertos.

Aplicación de la lección

El fin de la historia de Ananías y Safira es tan dramático, que fácilmente puede ocultarnos el mensaje del texto como un todo. Hace poco, escuché un sermón en el que el predicador decía que a quien no diezma Dios le maldecirá como a Ananías y Safira. Pero, aunque ciertamente todo el pasaje trata acerca del uso de los bienes y del dinero, ese no es el tema principal. El tema no es lo que damos o no damos, ni lo que debemos dar para que Dios se agrade de nosotros. El tema es el amor y el sentido de compartimiento que son necesarios si el testimonio de la iglesia ha de ser eficaz y poderoso.

Pedro le dice bien claro a Ananías que no tenía obligación alguna de vender su propiedad; y

que, una vez vendida, tampoco tenía obligación de traer el producto de la venta a la iglesia. Su pecado no está en dar o no dar, sino en mentir.

Aunque de momento esto nos puede llevar a pensar que la cuestión no es tan grave, y que no tiene nada que ver con lo que tenemos, eso no es cierto. Lo que Pedro le dice a Ananías es que le ha mentado a Dios mismo. ¡Quedarse con un poco de dinero no es nada comparado con eso! Dentro del contexto de lo que venimos estudiando en Hechos, el mentir a la iglesia (y por tanto también a Dios) es un pecado grave, por cuanto destruye la naturaleza misma de la iglesia, a la vez que desmiente su testimonio.

Recordemos que la semana pasada hablábamos acerca del testimonio valiente. Pero esa valentía no está solamente en las acciones heroicas, en los martirios, en casos en que los creyentes se enfrentan a la autoridad civil. Esa valentía está también en atreverse a vivir como el principio de nuestro texto impreso indica. Allí se habla de un amor tal que los creyentes están dispuestos a compartir lo que tienen, y por tanto no hay verdaderos necesitados en el seno de la comunidad.

Ese compartir no es cuestión de obligación. El texto mismo dice que quienes tenían propiedades iban y las vendían, no por alguna regla que dijera que tenían que hacerlo, sino al ver la necesidad de algún hermano o hermana. Y Pedro le dice a Ananías que no tenía ni que vender su propiedad ni que entregar el producto de la venta. Lo que sí tenía que hacer era decir la

verdad, sin pretender tener una dedicación que no tenía.

Traigamos esto al día de hoy. Frecuentemente nos lamentamos de que el testimonio de la iglesia no es tan eficaz como lo fue antes. Nos preguntamos: ¿Por qué es que las gentes no acuden como antes? ¿Necesitaremos mejores medios de comunicación? ¿Será que nuestra música y nuestro culto no atraen a las nuevas generaciones? Quizá si invitamos a un predicador famoso.... Quizá si fuéramos tan valientes como Pedro y Juan.... Todo eso puede ser importante y de valor. Pero ninguna de esas cosas—ni todas juntas—le dará a nuestro testimonio un poder como el que vemos en Hechos.

El poder de ese testimonio está en la doble obra del Espíritu Santo, que por un lado les da valentía a los creyentes para dar testimonio en toda circunstancia (como vimos la semana pasado), y por otro le da a la iglesia el amor y el apoyo mutuo sin los cuales el testimonio, por valiente y atrevido que sea, carece de fuerza. Una iglesia en la que no reine el amor—y el compartimiento que surge de él—no será jamás la iglesia que nuestro Señor desea, ni la iglesia que dé testimonio con poder y eficacia.

Oración

Gracias, Dios nuestro, por el don de tu Espíritu Santo. Es en virtud de ese Espíritu que podemos dar testimonio eficaz al mundo. Es en virtud de ese Espíritu que somos verdaderamente un cuerpo, unido en amor y compartimiento. Danos de ese Espíritu, y mediante él llénanos de

valentía y de amor, para que podamos testificar de ti con valor, y para que podamos amarnos como tú nos has amado. Amén.

